

— Me parece muy adorable, pero es prudente, así lo imagino — contesté con una entonación que significaba importarme aquello muy poco.

— ¡Oh, muy prudente! — repuso Jorge. — Te respondo de ello.

— Es una contrariedad, pues tiene los ojos más bonitos del mundo; pero es inútil hacerle la corte.

— Completamente inútil; además, sería incorrecto: su padre es un viejo militar digno de todos los respetos.

— Más que incorrecto, habiéndosenos recibido como lo hemos sido en esta casa hospitalaria.

— Por lo demás, nunca lo he pensado, no obstante tener una boquita muy tentadora.

— Ni yo tampoco, te ruego que lo creas.

— ¡Buena noche!

— ¡Buena noche!

Y cuando oí los pasos de mi compañero sobre la tierra helada, pensé entre mí:

— ¡Nunca le hubiese creído tan cobarde!

Pues bien, sí: era de Marieta de quien yo estaba enamorado como una bestia, enamorado y además feliz; era aquélla la tercera noche que esperaba su visita. Cuando el padre Anselmo ronaba, la hija salía furtivamente. Un guijarrillo hacía sonar mis cristales. Abría. La altura de una ventana es po-
ca cosa para las robustas hijas del campo. La luna, cuando la había, debía gozar de excelente visión. ¡Qué bueno nos parecía el tibio lecho! No había nada como aquello, hasta las cuatro de la mañana. Nuevo salto por la ventana. ¡Para mí las delicias de la luna!

¡Que haya gentes que hallen la existencia pesada! Francamente, es porque tienen muy poca imaginación. ¡Ya lo veis, cuidado si es bestia Jorge algunas veces! ¡A su edad! Que me quiten los diez años que tengo más que él, y ya veréis qué noche de bodas le enseñaba yo con mi ejemplo!

III

Nuestro programa estaba completado en todas sus partes, cuando Marieta desapareció por tercera vez. Difiría que hasta se cumplió mejor que nunca. Hay en amor una cuestión de aclimatación que sólo niegan los imbéciles. Las gentes que se permiten juzgar a una mujer por una sola prueba son necias. «Veinte veces en el oficio hay que repetir la obra», ha dicho Despréaux, quien tenía sobrados motivos para hablar así. *Fit fabricando sober*, dice la antigua sabiduría. En fin, nunca Marieta me pareció tan deliciosa como en la última entrevista. Me envolví solo, entre las sábanas, después de su partida, pequeño placer sibarita que recomiendo a mis contemporáneos. Cuando dos horas después me aproximé a la ventana, lancé un grito de placer. ¡La nieve! Había nevado toda la noche, como el padre Anselmo había previsto. Era Jorge quien iba a quedarse con un palmo de nárticos. ¡Pam! una idea súbita, dolorosa, espantable, vino a partir en dos mi alegría. Siento una inquietud, una angustia intolerable. Juzgad, ante todo, si el pensamiento que me asaltó no era para aterrorizar a un hombre galante. Si los pasos de los animales se desembrenan sobre la nieve, de igual manera puede serlo el de las personas. Los pequeños pies de Marieta, aquellos pies de niña, tan diminutos y sin igual en ninguna parte, habían podido dejar, desde mi ventana hasta la vivienda de su padre, un rastro acusador. ¡Anselmo, siempre a la pista, no te